

"Y VIO DIOS QUE TODO
LO QUE HABÍA CREADO
ERA MUY BUENO...
Y EL SEÑOR DIOS
TOMÓ AL HOMBRE Y
A LA MUJER Y LOS
COLOCÓ EN EL JARDÍN
DEL EDÉN PARA QUE
LO GUARDARAN Y LO
CULTIVARAN (GN 2, 15).

Hna. Melania
Cueto Villamán, RA*

* Religiosa del apostolado, de República Dominicana, nacionalizada en Colombia. En sus casi 30 años de vida en este país los ha pasado aprendiendo, acompañando y trabajando con el pueblo afro colombiano.

Inicio esta reflexión con este texto del libro del Génesis 2, 15, por la relación directa que tiene con los pueblos afros en Gn 2, 8-15 y con la relación directa con la tierra madre, África. Allí, estaban los Etíopes Kusitas con la abundancia y riqueza de su territorio en oro fino y piedras preciosas... Territorio que tiene mucha analogía con el pueblo afro del continente y el Caribe; como también en sus contrastes, de una parte es exuberantemente hermoso y lleno de múltiples riquezas y, de otra, está la contradicción de la gente que la habita, extremadamente empobrecida.

Las y los afro tienen una forma particular de relacionarse con la naturaleza. Son ellas y ellos unos cuidadores por excelencia, entienden muy bien el mandato de Dios.

Para ellos, los verbos: cuidar y cultivar están en el querer de Dios, pensados para que el ser humano tenga vida y la tenga en abundancia (Jn 10, 10); estos verbos, se aplican tanto para el ser humano como para todo lo creado.

Dios, al inicio de la creación coloca al ser humano -hombre y mujer- como cuidadores, con una

responsabilidad indelegable, les confía ese tesoro en sus manos. Por esto, tenemos la responsabilidad irremplazable de cuidar, proteger, velar, administrar bien, aquello que Dios creó y entregó, para que todas y todos vivan con dignidad.

Todo lo que Él hizo con gran maestría le pertenece, como lo muestra de manera poética el Salmo 8, allí se evidencia la grandeza de Dios, la dignidad del ser humano y la importancia de cada criatura.

Cuando el ser humano abusa de ese poder que Dios le otorga y empieza a creerse dueño, a perder la perspectiva del fin de la creación, inicia un proceso de explotación sin medida, como si fuera el único propietario, desvirtuando el objetivo de la creación. Ya no es Dios el dueño, sino el hombre con dinero, con afán de poder, de tener, de explotar.

En este sentido, el Papa Francisco hace un llamado a reflexionar sobre la creación, que él simbólica y bellamente llama casa común. Esta casa, que nos ofrece vida, acogida, abrigo y todo lo que necesitamos para vivir con

dignidad, está siendo afectada por múltiples intereses del ser humano, dentro de sus opciones y alejamiento del querer de Dios.

La actitud de las personas frente al mundo desarmoniza las relaciones en todas sus dimensiones, el ser humano se va desconectando de sus semejantes, de la tierra y de Dios, centraliza los intereses en su propio yo, generando así, la pérdida de lo común, de lo colectivo que humaniza. Una sociedad bajo estos parámetros se deshumaniza porque da prioridad al capital privado, al individualismo y a sus intereses económicos.

Los valores se invierten, Dios no es ya el creador, ni el centro, ni el dueño de todo lo creado, sino, los propietarios del capital, que van arrasando con todo lo que encuentran a su paso: personas, biodiversidad, fauna, flora. Prima, de esta forma, el aumento y concentración del capital, lo económico, sustentado con política neoliberal que atropella.

Mirada desde los afros

Los afros, en su mayoría, están ubicados en todo lo largo y ancho de América Latina y el Caribe, so-

¹ Padre Emigdio Cuesta Pino, provincial de la congregación Verbo Divino. De su archivo personal.

bre todo en la parte Sur, al margen de los ríos, mares y selvas. Allí encontraron las y los ancestros de la diáspora africana espacios de vida, con similitud a los de su tierra natal. Fueron desarrollando su vida vinculada a lo comunitario en el territorio, arraigando en esos espacios, las experiencias del asidero espiritual que traían, ni siquiera el fuerte proceso de esclavización pudo acabar con esos puntales que les sostenían la esperanza.

El pueblo negro ha sido más rural que urbano; ser rural implica una relación con la naturaleza, su vivencia y su espiritualidad están intrínsecamente relacionadas con ella. "Las y los afros son río, son selva, son mares, son tierra, son territorio" .

Ellas y ellos son cuidadores, no explotadores, han desarrollado una capacidad de relación armoniosa, particular, de equilibrio con el medio ambiente y de diálogo con la naturaleza; ellas/os le hacen reverencia, hablan, huelen y acarician la tierra. Ella, es un espacio de contemplación del universo, donde su reloj es el sol, y la luna determina cuándo se puede sembrar, talar, pescar. Cuando van a entrar a la selva, ríos o mares, ellas/os tienen su propia oración y secreto de protección.

La naturaleza es fuente de vida, fuente que alimenta, fuente de salud, de curación, de resistencia. La sabiduría ancestral permite responder a las enfermedades recurrentes que la medicina alopática no llega a sanar; es medio de transporte, posibilita materiales para las viviendas, es un espacio de comunicación con lo trascendente al convertirse en lugar de culto.

Las propuestas externas que llegan al territorio donde las y los afros habitan son de carácter extractivo, buscan fortalecer su capital salvaje sin posibilidad de diálogo con el pueblo afro, ni con la naturaleza.

El pueblo negro en su relación con la naturaleza es de sostenibilidad, piensa en el que viene, la cuida con responsabilidad como hicieron las y los antepasados, siembra lo que se va a utilizar; en cambio, el capitalista, se olvida del desarrollo sostenible, la miran vendible, y así queda expuesta a todo tipo de explotación.

El papel de las mujeres en el cuidado de la naturaleza

Las mujeres juegan un papel muy importante en el cuidado y equilibrio de la naturaleza. Ellas,

además de ser las encargadas de transmitir los valores ancestrales a la generación venidera, viven la solidaridad, valor muy importante en las comunidades afro. Ellas perciben la naturaleza como un regalo, que les brinda alimento, a través de la recolección de frutos, pesca y caza de animales de monte, que además son compartidos con las vecinas.

A manera de conclusión

Hay que aprender de estas experiencias ancestrales aunque el mundo haya cambiado y demande otras exigencias. Ellas no irán jamás en contra del querer de Dios.

La acumulación desequilibrada, el tener más que otros, hace sentir poder y dominio, olvidando que las cosas creadas por Dios son de todas y todos.

Las y los afro tenían un mecanismo para que la tierra descansara, estaban pendientes de que los cultivos fueran rotatorios, se hacían acuerdos en las comunidades para la siembra según el terreno.

El territorio es el espacio donde se ejerce el ser, se vive, se realizan los sueños, se crea y se recrea la vida. Dejar el territorio

por la razón que fuese es lesionador para la comunidad y para el que se desplaza. No sólo deja su casa, deja atrás su mundo simbólico, los imaginarios ya contruidos, deja el árbol donde se enterró el ombligo de su familia, toda esta construcción colectiva tienen un significado muy fuerte para el pueblo afro.

Las y los afro valoran la dimensión espiritual que tiene la naturaleza para el pueblo; quizás no conceptualizan los términos ambientalistas y ecologistas, pero son auténticos defensores del medio ambiente. Esa forma de relación es una alternativa para responder a la actual relación que se tiene con la naturaleza. La naturaleza para el pueblo afro es un regalo del Creador, porque aunque sea contradictorio ellas y ellos se fueron ubicando, sin saber, en un territorio que mana leche y miel.

Referencias:

- La Biblia Latinoamérica.
- Papa Francisco, *Carta encíclica Laudato Si' sobre el cuidado de la casa común*, Librería Editrice Vaticana, Edic. 2015